

CUARTO DE HORA DE ORACION - DIALOGOS -

EEO I pp. 243-255 y 295-300

Dialogo Primero (modificado día 23)

Instrucción que Santa Teresa de Jesús da a una de sus Hijas sobre la oración.

Venid, hijas mías, y oídme; y yo os enseñaré a orar, temer y amar a Dios y salvar vuestra alma. (Santa Teresa de Jesús)

Hija. Madre mía de mi alma, Santa Teresa de Jesús, enseñadme oración. No sé orar, y me han dicho que Vos enseñáis al que os lo pide, porque sois Maestra y Doctora de oración.

La Santa. Gran consuelo me das, hija mía, con tu deseo de saber orar, porque revela tu deseo sincero de salvarte. Mas no has acertado del todo en la elección de maestra de tan soberana y necesaria virtud.

H. ¿Por qué, Madre mía? ¿No sois Vos aclamada por la Iglesia Madre de los Doctores místicos? ¿Quién, pues, mejor maestra que Vos? Además de que la calidad de madre os dará paciencia para sufrir mi rudeza, pues nunca he orado como debía. Si Vos no me enseñáis, decidme ¿a quién debo acudir?

S. Debes acudir, hija mía, al que fue mi maestro, mi guía y consejero en este camino de oración, al glorioso Patriarca San José, mi verdadero Padre y Señor. Acude a San José, que te enseñará a orar como me enseñó a mi, pues toda su vida fue una continua oración. Tiene también, entrañas de padre este bendito Santo, y sufrirá con paciencia tu rudeza y cortedad, e ilustrará tus ignorancias.

H. Esta bien. Me encomendaré todos los días a San José para que me enseñe a orar. Mas quiero oír de vuestros labios repetidas las advertencias que debo tener presentes para que sea fructuosa mi oración.

S. Oye, pues, con atención, y aprende con fidelidad mis enseñanzas, hija mía, que no son mías, sino del cielo, como asegura la Iglesia. Será un tanto larga mi conversación, pues además del placer que siente mi alma en conversar con una hija querida de mi corazón, y ser la oración la cosa que yo más inculqué y mas aprecio en un alma, hay muchas cosas que decir para no errar en este camino. Y sábetelo que preferiría mil veces que no empezases este camino, a que lo empezaras mal, con falsos fundamentos.

H. Por eso acudo a Vos para no errar, Madre mía. Decidme qué cosa es oración.

S. Hay dos maneras de oración: mental y vocal. La oración mental no es otra cosa que una consideración con la cual el alma, puesta en la presencia de Dios, advierte con quién habla, lo que pide, y quién es quién pide y a quién pide. La vocal es la que se hace con la voz. Aquí tratamos de la oración mental tan sólo, por ser la esencial, porque aun la vocal incluye la mental.

H. ¿Cómo es esto, Madre mía, si yo he oído decir todos los días que basta rezar vocalmente para salvarse, y que esto de oración mental es bueno tan sólo para los que viven fuera del bullicio del mundo?

S. Te repito, hija, que como sea verdadera oración, ha de ser con consideración; porque si uno rezando no advierte con quién habla y lo que pide, poco tiene de oración aunque mucho menee los labios; porque aunque algunas veces sí será, aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras; mas quien tuviese la costumbre de hablar con la majestad de Dios como hablaría con su esclavo, que no mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca, y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no lo tengo por oración; ni plegue a Dios que ningún cristiano, y sobre todo ninguna de mis hijas, la tenga de esta suerte, porque sería caer en gran bestialidad. Todos, pues, hija mía, lo que rezan vocalmente deben hacerlo mentalmente también. Ningún cristiano, por consiguiente, puede excusarse bajo ningún pretexto de tener oración mental. Todos deben procurarla aunque no tengan virtudes, porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que os va la vida en comenzarla todos los cristianos, y ninguno, por perdido que sea, la ha de dejar.

H. Pero quieren estorbarme este camino con decirme que hay peligros: que el uno se engañó; el otro, que rezaba mucho, cayó; al otro vinieron ilusiones. Temo, por esto, emprender oración, Madre mía.

S. No debes hacer caso, hija mía, de estos miedos y peligros; y pues este camino es el real y seguro para ir al cielo, por el que fue nuestro Rey Jesús y los escogidos y Santos, y en él, dicen, hay tantos peligros y ponen tantos temores; los que pretenden ir al cielo sin este camino ¿qué son los peligros que llevarán? Son muchos más sin comparación, sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro. Pues alma sin oración no necesita de demonios que la tienten para ir al infierno, que ella sola se meterá en él sin advertirlo.

H. ¿Deberé, pues, despreciar estos temores vanos, y no dar oídos a los que me dicen que no tenga oración?

S. Así es, hija mía. No te engañe nadie en mostrarte otro camino sino el de la oración. Este es el deber de todos los cristianos, y quien te dijere que éste es peligroso, tenle a él por el mismo peligro, y huye de él. Peligro sería no tener humildad y otras virtudes, mas camino de oración camino de peligro, nunca Dios tal quiera. El demonio ha inventado estos temores, porque sabe que alma que tenga con perseverancia oración la tiene perdida, por miles de pecados y caídas que tenga, en fin tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación.

H. ¿Es, pues, muy necesario perseverar en la oración?

S. Tanto como el salvarse. Yo te lo aseguro, hija mía, y Dios sabe que no miento; aunque seas gran pecadora, y estés llena de vicios y defectos, te corregirás de ellos y te salvarás si no dejas la oración. Una de dos: o dejarás la oración o el pecado. lo sé por experiencia, pues mi alma era mejor así que se daba a la oración, y se volvía ruin tan luego como aflojaba en ella. El curato de hora de oración es de todas las devociones la más útil y necesaria: no excluye las demás, pero debe ser preferida a todas ellas, porque encierra en sí misma el medio de salvación más eficaz, más fácil, más indispensable y más universal. Pruébalo, y lo verás por consoladora experiencia, y comprenderás entonces con cuánta verdad afirmaba: Dadme cada día un cuarto de hora de oración mental o meditación, y yo os daré el cielo. Es cosa que te va la vida el tener oración; por eso en nada hallarás tanta repugnancia y dificultad: el mundo, demonio y tu propia sensualidad te moverán cruda guerra así que vean que te das a la oración. Todas las prácticas de piedad te dejarán sin inquietarte en su ejercicio, menos la oración. Es lo que más teme el demonio; porque alma que persevera en la oración esta salvada, lo que no puede decirse de los otros ejercicios de piedad.

H. ¿Por qué, Madre mía?

S. Porque cabe ser muy devoto, y muy malo: confesar, comulgar y rezar muchas oraciones, y vivir en pecado mortal; mas no hacer la oración mental diaria, y perseverar en el pecado, porque dejarás la oración o el pecado; pecado y oración no se compadecen. Por eso, hija mía, te repito que en ninguna cosa hallarás tantos estorbos como en el ejercicio de la oración. Pero yo te indicaré los medios de superarlos y de burlar los ataques de los enemigos de tu salvación, por lo que sé por experiencia.

H. Decídmelos, Madre mía, porque yo quiero todos los días no faltar al cuarto de hora de oración que prescribe mi Reglamento, cueste lo que cueste, pues estoy resuelta a salvar mi alma.

S. Has de hacer, pues, cuenta, hija mía, al comenzar oración, que comienzas a hacer un huerto en tierra muy infructuosa y que lleva muy malas hierbas, para que se deleite el Señor, y que su Majestad ha de arrancar las malas hierbas y plantar las buenas; y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan a echar flores que den de sí muy gran olor, para dar recreación a este gran Señor; y así se venga a deleitar a este huerto y a holgarse entre estas virtudes. Hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando tu alma se ha determinado a tener oración, y la ha comenzado a usar. Mas advierte que si quieres perseverar y llegar a beber del agua de la vida eterna (y esto digo que importa mucho y es el todo), has de tener una grande y resuelta determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, siquiera no tenga devoción en los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo. Porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios para que no comience el alma a tener el cuarto de hora de oración, que es menester grande ánimo. Hace él esto, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no sólo en perder aquella alma, sino muchas que por su medio se ganan.

H. Pues, Madre mía, aunque flaca y débil criatura, con la ayuda de Dios y la protección de mi Inmaculada Madre María, de San José y vuestra, resuelta estoy a no volver atrás.

S. Torno, pues, a avistarte, hija mía, porque va tanto en esto, que vayas al comenzar la oración con esta determinación de no dejar ningún día la oración, porque si el demonio te ve con esta determinación de que antes perderás la vida y el descanso y todo lo que se ofreciere que tornar atrás, muy más presto te dejará; porque aquí no tiene tanta mano para tentar, porque ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene él gran experiencia que le hacen gran daño, y cuanto él ordenaba para dañarlas viene en provecho de ellas. Mas si te conoce por mudable, y que no estás firme en el bien y con poca determinación de perseverar, no te dejara a los ni a sombra; miedos te pondrá e inconvenientes que nunca acabes. Hay también otra razón que hace mucho al caso, y es que pelearás con más ánimo si sabes que, venga lo que viniere, no has de volver atrás; es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen no le perdonarán la vida, y ya que no muera en la batalla ha de morir después, pelea con más determinación, y quiere vender cara su vida, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa la victoria, y que le va la vida en vencer.

H. Quiero, Madre mía, vencer en esta batalla, y aunque me siento flaca y reconozco mi inconstancia, confío que todo lo podré en Dios que me conforta.

S. Aunque esta determinación que he dicho, hija mía, importa el todo por el todo, no por eso digo que, si no la tuvieras, dejes de comenzar oración, porque el Señor te irá perfeccionando, y cuando no hicieses más que dar un paso por Dios, tiene en sí tanta virtud, que no hayas miedo lo pierdas y deje de ser muy bien pagado; porque es tan mirado nuestro buen Dios, que no deja ningún servicio sin paga. Así que, hija mía, aunque no prosiguieras (lo que Dios no permita) en este camino de oración, lo poco que hubieres andado por él te dará luz para que vayas bien por otros caminos, y por cosa ninguna te hará daño el haber comenzado, porque el bien nunca hace mal. Así, pues, hija mía, empieza desde hoy el cuarto de hora de oración con ánimo resuelto de no dejarlo nunca por nada ni por nadie, como en cosa que te va la vida y vida eterna. No te desanimes, que yo te ayudaré.

H. Antes perderlo todo que el ánimo de perseverar en la oración. Y si algún día por desgracia faltare, propongo al día siguiente recompensarlo y vengarme de mi inconstancia, consagrando media hora y un poco más de tiempo a la oración.

S. Vista ya tu determinación, hija mía, debo indicarte el fin que debes proponerte en la oración. El fin para que se ordena la oración, hija mía, por muy alta que sea, es para hacer obras en que se muestre el amor que tenemos a Dios; y así el que le hubiere de ejercitar conviene que no ponga su fundamento en sólo rezar o contemplar, porque si no se procura el ejercitar y alcanzar virtudes, no crecerá; siempre se quedará enano. Y plegue a Dios que sea sólo no crecer; porque ya se sabe que en este camino, quien no crece decrece, porque el amor tengo por imposible esté siempre en un ser. El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho; y este amor se adquiere determinándose a obrar y padecer por dios. Por esto, hija mía, hallarás al final de la meditación que has de hacer cada día un propósito especial de practicar alguna virtud, o desarraigar un vicio, pues éste es el fruto de la oración. Entiende bien, hija mía, y no se te olvide, que toda la pretensión de quien comienza oración ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda para hacer y conformar su voluntad con la de dios, y en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente hiciere esto, más recibirá del Señor, y más adelante está en el camino de perfección.

H. Lo haré así, Madre mía: todos lo días propondré arrancar una mala hierba del huerto de mi corazón, y que brote alguna florecilla de virtudes para regalar a mi Jesús.

S. Está bien. Mas deber procurar el que comienza oración no cure de unas humildades que hay, que les parece humildad no entender que el Señor le va dando dones: entendamos bien cómo ello es, que nos lo da Dios, sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a su Majestad; porque si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar; y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aún más ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aún más verdadera humildad. Lo demás es acobardar el ánimo a parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza él a atemorizarse con miedo de vanagloria. Cree, hija mía, que quien te da los bienes de dará la gracia para que en comenzando el demonio a tentarte

en este caso, le entiendas y te fortalezca par resistir, digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar sólo a El y no a los hombres. Demás de esto es imposible (conforme a nuestra naturaleza) tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables e inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con grande desasimiento quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones es a donde el Señor nos da la fortaleza que por nuestros pecados perdimos; y mal deseará se descontenten todos de él, y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes, que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva: porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortaleza, y pues es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser, que nos crió de nada y que nos sustenta y todo los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven, ¿por qué no será lícito que entienda yo, vea y considere muchas veces que solía hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor que no querría sino hablar con Él? Y acordándonos que esa joya es dada de Dios, forzado nos convida a amar, que es todo el bien de la oración, fundada en la humildad, y a entender que no tenía el alma nada de esto, y conocer la largueza del Señor; y procura el alma sacar fuerza de nuevo para servir y no ser ingrata, porque con esa condición nos da el Señor ese tesoro; y si no usamos bien de él, nos lo tornará a tomar, y quedarnos hemos muy más pobres.

H. Gracias, Madre mía, por vuestra sublime y olvidada lección. ¡Cuántas almas nos perdemos por no considerar los beneficios generales que Dios nos ha hecho! ¡Cuántas no medran en el camino de la virtud por no considerar las mercedes particulares que Dios les dispensa! No lo haré yo así en adelante, Madre mía: una de las meditaciones más continuas será la de los *beneficios especiales* que el Señor me ha hecho para animarme y disponerme a grandes cosas.

S. Quiero fortalecer tu espíritu contra un trabajo o prueba que el Divino Jardinero da muchas veces al principio, y oras a la postre de este camino, para probar a sus amadores y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros, y también para que entendamos lo que somos: porque son de tan gran dignidad las mercedes que hace después, que quiere veamos por experiencia primero nuestra miseria, antes que nos las dé, porque no nos acaezca lo que a Lucifer.

H. ¿Cuál es esta prueba, Madre mía?

S. Son las sequedades y distracciones. En la oración hallarás a veces gran consuelo, otras sequedades, aridez, distracción. A los principios tendrás más trabajo para regar esas flores con sacar el agua del pozo, recogiendo los sentidos mal domados, y en discurrir con el entendimiento. Mas ten confianza, que si perseveras, el Señor te ayudará a sacar agua con noria, o te abrirá un arroyo que te las riegue, o quizás Él mismo enviará nubes celestiales que, deshaciéndose en lluvia, rieguen tu jardincito sin ningún trabajo tuyo. Lo que te importa mucho a los principios es, que no hagas caso de estas sequedades y distracciones en los pensamientos. Nadie se apriete ni aflija por ellos si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado. comienza a no espantarte de la cruz, y verás cómo te la ayuda a llevar el Señor, y te la hará amable, te engolosinarás de ella, con el contento con que andarás y el provecho que sacarás de todo. Estas sequedades y tomentos nacen, a veces, del demonio, que procurará fatigarte y disgustarte para que abandones la oración. Nacen de la imaginación, esta loca de casa, que cual importuna mariposilla anda de aquí para allá sin fijarse en cosa de provecho. Nacen, a veces, de la poca solicitud de tu perfección, de tu infidelidad y cobardía, de tu mente que se ocupa en vanos pensamientos todo el día, o de tu corazón, que estando aficionado a las criaturas, vuela a donde se halla su tesoro, disgustado de Dios, a quien no ama. Muchas veces vienen de mala disposición del cuerpo. Por tanto has de notar mucho, hija mía, que el alma que en este camino de la oración mental comienza a caminar con determinación, y no puede acabar consigo no hacer mucho caso de consolarse ni desconsolarse mucho, porque le falten estas ternuras o gustos que suele dar el Señor, que tienen andado gran parte del camino y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece y caiga, que de esta caída sacaré Dios bien; sino procure ir adelante, porque va comenzando el edificio con firme fundamento. No está el amor de Dios en tener lágrimas y estos gustos y ternura, sino en servirle con justicia y fortaleza de ánimo y humildad; y así, hija mía, si no los tuvieses, no te fatigues, y entiende que no es menester, pues Su Majestad no te lo da para que seas señora de ti misma, que lo contrario es falta y no andar con libertad de espíritu. Sé, pues, hija

mía, varón, y no de los que se echaban a beber de bruces cuando iban a la batalla con Gedeón, sino que te determines que vas a pelear con todos los demonios; y que no hay mejores armas que las de la cruz: no te acuerdes que hay regalo en esto que comienzas, porque es muy baja manera de comenzar a labrar un tan precioso edificio; y si comienzas sobre arena, darás con todo en tierra, y así nunca acabarás de andar disgustada y tentada.

H. Me admira, Madre mía, vuestro empeño en querer que vuestras hijas no sean en nada mujeres ni lo parezcan, sino varones fuertes, y salgan de vuestra escuela, no débiles, sino esforzadas que espanten al mundo. ¿Por qué tal empeño, Madre mía?

S. ¡Oh, hija mía! en este siglo sin fe ni piedad, la gente flaca hemos de confundir el orgullo del mundo, que juzga las virtudes cristianas por imposibles.

Y créeme, si hacéis lo que es en vosotras, el Señor os hará varoniles, que espantaréis a los hombres, y qué fácil es a Su Majestad, pues nos hizo de la nada. Porque sé por experiencia cuánto ayuda que sean animosos los deseo para que lo sean las obras; por eso *siempre te instaré a desear grandes cosas*. Espántame, hija mía, lo mucho que aprovecha a un alma en este camino determinarse a grandes cosas, aunque luego no tenga fuerzas.

H. Seré animosa, con el favor de Dios.

S. Sí, hija mía; procura tener gran confianza, que Dios ayuda a los fuertes, y quiere Su Majestad y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí mismas. No perdió nada San Pedro con haberse arrojado al agua, aunque después temió, porque nadie pudo quitarle el gozo de haber andando aquel rato sobre las aguas sin hundirse. Dígote, hija mía, que estas primeras determinaciones son gran cosa.

H. Voy, pues, a determinarme a grandes cosas.

S. Sí, hija mía, pero conviene que no lo hagas sin consejo y fuera de la obediencia.

H. ¿De quién he de tomar consejo?

S. De tu confesor y director. Las cosas espirituales son todas difíciles y oscuras, y es menester guiarse por parecer ajeno. Además el demonio se transfigura en ángel de luz muchas veces, y sabe imitar todas las virtudes, menos la de la obediencia: por esto, hija mía, aunque hicieses milagros, si ibas contra la obediencia de tu Padre espiritual, no me fiaría de tu virtud. Ninguna obediente, hija mía, se ha condenado jamás.

H. Luego, ¿me es necesario un director que me guíe en el camino de la oración?

S. Absolutamente necesario. Y si no lo tienes, debes procurártelo desde hoy, y a el oír como un Ángel que te enviase Dios, y nada hacer sin su consejo. En veinte años, hija mía, no hallé yo confesor que me entendiese: los más me abonaban los pasatiempos y conversaciones que tenía, y por esto no adelanté en la virtud hasta que hallé uno bueno.

H. ¿Dónde hallaré uno cual conviene?

S. Para confesar, todos los sacerdotes son buenos; mas no todos lo son para dirigir a toda clase de personas. No pierdas esta virtuosa libertad de escoger director, tú que vives en el mundo. "Entre mil, decía mi consultor el Venerable Ávila, apenas hallarás uno". Porque debe ser, en primer lugar, letrado o sabio, pues buen letrado nunca me engañó: y mi alma sufrió muchísimo con los medio letrados, y no progresó en el camino de la virtud hasta que halló un sacerdote letrado que la entendiese y la enseñase oración. Pide con instancia a mi Señor y Padre San José te envía un buen director para tu alma, y si no lo hallares, toma al Santo bendito por tu especial director en el camino de perfección: y si acudes a él en todas tus dudas con humildad y confianza, ten por cierto que no errarás camino, y adelantarás mucho en poco tiempo. Mi alma no supo orar con perfección hasta que me enseñó mi Padre San José, maestro de oración, de recogimiento y de familiar trato con Dios.

H. ¡Bendito sea mi verdadero Padre y Señor San José, que socorre en toda necesidad y a quien tanto debe mi alma! Él y Vos seréis mis maestros y principales directores en el camino de la oración; y con esto y la obediencia a mi confesor, espero no errar. Ahora comprendo, Madre mía, por qué se nos encarga en nuestro Reglamento sea nuestra oración muy continua para éstos que nos dan luz, o sea para que haya santos y sabios ministros del Señor.

S. Un buen maestro, sabio, temeroso, que previene los peligros, es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear. Mis hijas todas tienen especial encargo de encomendarlos todos los días al Señor. ¿Qué seríais sin ellos entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Iglesia? Además importa mucho que tu director sea avisado y de buen entendimiento, y que tenga experiencia. Si con esto tiene letras, es de grandísimo provecho; mas si no se pueden hallar las

tres cosas juntas, las dos primeras importan más. Has de mirar que sea de espíritu esforzado y no cobarde, y que no sea tal tu maestro que te enseñe a ser sapo, o a cazar lagartijas, o andar como pollo trabado, esto es, que no te anime a hacer cosas grandes en el servicio del Señor. Una vez le hayas hallado tal, procura tratar con él con toda claridad, y confianza las cosas de tu alma, y síguele en todo y noerrarás, y adelantarás mucho en la virtud, y vivirás en gran paz. Si no obedeces a tu confesor, hija mía, aunque te parezca que trabajas mucho y te fatigas para andar por el camino de la perfección, te sucederá lo que al caminante que da grandes pasos, pero fuera del verdadero camino. Cuanto más anda, más se fatiga en vano, porque más se aparta del último fin. ¡Oh hija mía! ¡a cuántas que se precian de ser mis hijas, las tiene el demonio y su amor propio engañadas! ¡Pobrecillas! se afanan mucho, y recogen poco o nada para el cielo, porque obran por capricho, o lo que es peor, contra el dictamen de su director. No seas tú una de éstas, pues las hijas verdaderas de Teresa de Jesús se han distinguido siempre por la obediencia perfecta a sus superiores.

H. Prometo hacerlo siempre así, Madre mía; prefiero levantar pajas del suelo por obediencia que hacer milagros y las más grandes cosas contra ella, porque obedeciendo a los que Dios ha puesto en su lugar sé de cierto que jamás erraré, y por consiguiente, que iré al cielo.

S. Así imitarás mi ejemplo, que a pesar de las visiones y revelaciones obraba siempre, no lo que el Señor me enseñaba privadamente, sino lo que me mandaba por la persona de los confesores.

H. Así lo haré siempre con el favor de Dios. Tampoco imitaré la conducta de aquellas jóvenes inconsideradas que cuentan todo lo que les dice su confesor, y hacen materia de conversación y hasta de pasatiempo lo que les manda o prohíbe su director. No, Madre mía, sino es en caso de probada necesidad, guardaré secreto, como debo de las cosas que para bien de mi alma me dice el director; pues así como él debe guardar secreto riguroso de lo que digo, no es justo que por pasatiempo yo descubra lo que me ordena para mi santificación.

S. Quiero prevenirte, hija mía, contra algunas tentaciones que muy ordinarias son a los principios de tener oración.

H. ¿Cuáles?

S. La primera es desear que todas sean muy espirituales, pues como verás el sosiego y ganancia que es, querrías todos la tuviesen. El desearlo no es malo; el procurarlo podría ser no bueno, si no hay mucha discreción y disimulación, y se haga de manera que no parezca quieres enseñar; porque el que hubiere de hacer algún provecho en este caso, es menester tenga las virtudes muy fuertes, para que no dé tentación a los otros. Porque como ven por una parte hablar grandes cosas de los bienes que hay en la oración, y por otra ven la pobreza de virtudes, tiéntanse, y no les parece se puede compadecer uno con otro. Por tanto has de tener cuidado al principio, de tu alma sola, y haz cuenta que sólo Dios y tu alma están en este mundo; esto es lo que te conviene mucho.

H. Lo haré, Madre mía. Dios y mi alma, cumpliendo las obligaciones de mi estado. Estos serán los objetos que ocuparán tan sólo mi atención. De los demás sólo me acordaré para encomendarlos a Dios.

S. Con esto, además, empezarás a gozar de mucha paz, y te ahorrarás grandes disgustos, y te verás libre de otra molesta tentación que va con un celo de virtud muy de temer.

H. ¿Cuál es, Madre mía?

S. Es la pena de los pecados y faltas que verás en los otros, y hacerte creer el demonio, que es sólo tu pena de que Dios sea ofendido, querrías remediarlo; e inquieta esto tanto, que impide la oración, y el mayor daño es pensar que es virtud y perfección y gran celo de Dios.

H. ¿Pues no hemos de sentir las ofensas que se hacen a Dios, y tener celo por remediarlas?

S. No hablo aquí de la pena que dan los pecados públicos, o daños de la Iglesia, como son las herejías, a donde vemos perder tantas almas que ésta es muy buena, y como lo es no inquieta. Pero, en lo demás, procura siempre mirar las virtudes, y cosas buenas que vieres en los otros y tapar sus defectos con tus grandes pecados. Esta es una manera de caminar, que aunque luego no se alcance con perfección, se viene a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mejores que a nosotros. Quiero darte aún otras advertencias, hija mía, en vista de tu buen deseo.

H. Decid, Madre mía de mi alma.

S. La primera es que procures soledad al hacer tu oración, en cuanto te sea posible, como lo hacía Jesucristo para darnos ejemplo, que no se sufre hablar con Dios y con el mundo.

H. Pero si estoy todo el día ocupada en la labor, en las faenas del campo o de casa, ¿cómo hacerlo?

S. Es un error, hija, pensar que sólo se halla a Dios en el retiro del templo. También entre los pucheros anda el Señor. ¿No llena Él el cielo y la tierra? ¿No está en todos los lugares, y especialmente en tu corazón? ¿Quién te priva, pues, de recogerte a tu interior y allí a solas, si no puedes otra cosa, hablar con Dios, regalarte con Él, hablarle, no oraciones compuestas, sino de la pena del corazón? La gente está en lo exterior, pero no puede entrar en tu interior, y ver y estorbar lo que pasa entre Dios y tu alma, aunque de esto te dará más larga instrucción más adelante. Procura pues, la soledad, en tu habitación, en la Iglesia, si puede ser, mejor, o en el campo; y allí da ese poquito de tiempo a tu Dios y a tu alma, libre el pensamiento y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de no tornarlo a tomar. De modo que el cuarto de hora de oración podría llamarse de soledad, pues sin ella sacarás poco o ningún provecho. Mas quiero darte un compañero y fiel amigo que te alivie y haga provechosa y llevadera tu soledad.

H. ¿Cuál, Madre mía?

S. Un librito bueno, cual es el que te ofrezco en este Cuarto de hora de oración. Es muy buen remedio tener un libro para recoger el pensamiento, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificios para no la amedrentar.

H. Verdad, Madre, que amedrenta a los mundanos y aún a los cristianos y a muchas personas devotas el solo nombre de oración.

S. Es porque no saben lo que es; porque quieren vivir a sus anchuras; porque su alma está fea, llena de pecados; y como la oración es el espejo del alma, huyen de ver su retrato, porque no quieren corregirse de sus defectos. Mas no así tú, hija mía. Y haz cuenta, al comenzar oración, que tu alma ha muchos años que se ha ido de con su Esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tienes tan acostumbrados a tu alma y pensamiento a andar a su placer, o pesar por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio: si no es así, y poco a poco, nunca harás nada. Dieciocho años estuve que, si no era en acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro, que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear; con este remedio que era como una compañía o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada. La sequedad era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma, y los pensamientos como perdidos; con éste los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces, en abriendo el libro, no era menester más; otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía.

H. ¿Pues no debo leer cada día todo lo que hay en cada meditación?

S. No es necesario, hija mía. Si a la primera línea hallas lo que deseas, esto es, que tu alma se recoge y se despierta a amar, no pases a la segunda. Por eso hay varias rayitas o puntos que te indican las paradas que debes hacer. Dime, ¿sacudirías más el pedernal con el eslabón, si al primer golpe sacarás chispas y encendías el fuego?

H. No.

S. Pues sábetelo, hija mía, que la meditación se ordena a iluminar tu entendimiento para mover tu voluntad al amor de Dios. Si al primer punto que lees hallas esto, no vayas más adelante, y pasa allí el cuarto de hora de oración. Al día siguiente podrás continuar. Guárdate de la ansia o precipitación, que es la peste en todas las cosas espirituales.

H. Pues ¿por qué hay tantos libros y tantas meditaciones?

S. ¿Para qué Dios ha hecho tantas clases de frutos?

H. Para contentar todos los gustos.

S. Pues a esto se ordenan tantas y tan variadas meditaciones. Y nota que así como los frutos no vienen todos en una misma estación, así estas meditaciones no debes usarlas todas en un día, sino unos días unas, otros otras, según el gusto especial de tu alma, que en esto Dios te ha dejado libertad, y ha provisto de variedad de frutos, porque es mucho de temer el hastío, si siempre comes de un mismo manjar.

H. Pero hay manjares, Madre mía, que son de más sustento, y dan más robustez a la salud del cuerpo: también los habrá de esa condición para el espíritu.

S. Sabiamente discurre, hija mía. Y eso es lo que te encomiendo observes con mucho cuidado. De las meditaciones que en este librito que debe ser tu compañero inseparable, te ofrezco, debes

escoger las que más te despierten a conocer y amar a Dios, a aborrecer el mundo, demonio y carne, a detestar los pecados y seguir la virtud, y éstas debes repetir con frecuencia todos los días, o muchos años, quizá toda la vida, o mientras saques fruto de ellas.

H. ¿Y cómo conoceré esto? ¿Qué fruto, Madre mía, debo sacar?

S. Lo que más te despierte a amar a Dios y al prójimo, esto haz toda la vida, pues lo has de hacer eternamente en el cielo. Ya sabes, hija mía, que yo muchos años, las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en el paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones.

H. ¿Y no os cansasteis meditando siempre lo mismo?

S. No, hija mía, antes creo que por aquí ganó mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era; y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir. Quisiera fueras muy devota de este paso, y te acostumbrases a acompañarle todas las noches unos momentos, como yo lo hacía al buen Jesús agonizando solo en el huerto por tu amor, pensando en aquel sudor y aflicción tan grande que allí tuvo.

H. Lo haré, Madre mía; Jesús en este paso sufre ya en conjunto todo lo que sufrió después en su Pasión dolorosa. Además, como se halla solo, admitirá mejor mi ruin compañía, y me sufrirá a mí, mujer ruin, cabe sí, como persona necesitada de consolador.

S. Esto es lo que yo pensaba al acompañar al Señor en su agonía, y , como te digo, por aquí ganó mucho mi alma. Y la tuya también mejorará.

H. ¿Y es verdad que se ganan muchos perdones meditando?

S. Puedes ganar cada mes una indulgencia plenaria, si tienes o enseñas a otros a tener un cuarto de hora de oración cada día, y muchísimas indulgencias parciales. Así que, hija mía, si quieres probarme que me amas, no te contentes con hacer tu este rato de oración, sino enséñalo además a otras jóvenes que no conociendo ni gustando cuán suave es el Señor, cuán amoroso su trato, van derramadas en busca de amistades y placeres que el mundo les ofrece, pero que jamás podrá darles, porque sólo se hallan en la amistad y trato a solas con el Señor, que es nuestro Padre.

H. Enseñadme a orar Vos, Madre mía, y yo os prometo, en prueba de agradecimiento por esta tan singular gracia, que enseñaré a muchas almas oración, porque veo que es el medio más eficaz para salvarse.

S. Oye, pues, hija mía, lo que debes hacer antes y después de la meditación. Sólo debo advertirte que, siendo la oración trato de amistad con Dios, al principio deberás usar de estas preparaciones; más adelante quizá no te serán precisas. Porque ya sabes lo que sucede en el trato frecuente: se empieza primero por recíprocos cumplimientos, luego se visita sin ceremonia, y se llega, por fin, a la más íntima confianza. Así te sucederá en la oración, que es trato con el mejor de los amigos, que es Dios. Acostumbrada a la oración, llegarás a una santa familiaridad e ilimitada confianza con Dios, como me sucedía a mí, que le trataba con un estilo abobado, y todo me lo sufría el Señor. Y esto es lo que le agrada al Señor: verse tratado con la sencillez y confianza de un hijo con su padre. Desengáñate, hija mía, no sabrás bien orar hasta que sepas hablar y quejarte con Dios, y decirle boberías.

H. Madre mía, ¡cuán fácil sería orar, si nos conociésemos, y conociésemos la condición de Dios, que es nuestro Padre muy amado, que está más ganoso de darnos bienes que nosotros de pedirlos y recibirlos! ¡Oh, Madre mía! Ayudadme en esta empresa, y enseñadme el modo práctico de tener oración mental.

S. Al empezar, hija mía, dirás con la mayor viva fe y humildad la siguiente Oración.

Diálogo segundo

Instrucción que Santa Teresa de Jesús da a una de sus Hijas sobre la oración de recogimiento

La Santa. Si has practicado con fidelidad, hija mía, las instrucciones que te di al comenzar el Cuarto de Hora de oración; si todos los días has hecho con atención una de las meditaciones de la primera y segunda semana, estoy persuadida de que tu corazón se hallará mejorado, animoso y con deseos de adelantar en la virtud. Estoy más que convencida que reconocerás conmigo la importancia, necesidad y facilidad de la oración camino real para ir al cielo, puerta por donde Dios

nos comunica sus secretos y mercedes, delicias del alma, rocío del cielo, fortaleza de los débiles, sabiduría de los ignorantes y victoria segura del mundo, del demonio y de nosotros mismos.

Hija. *Por consoladora experiencia sé y he gustado, Madre mía de mi alma, las dulzuras de la oración. ¡Infelices años y tiempo el que no he gastado en oración! Ahora reconozco la verdad de lo que Vos decís: Es tiempo perdido el que no se gasta en oración. Mi corazón, es verdad, Madre querida, se halla trocado en mejor, y mi vida es más cristiana y ordenada desde que he gustado y visto cuán bueno es el Señor para los que le buscan y le temen. Pero quisiera ser mejor, Madre querida; quiero y pretendo ser de todas vuestras hijas y devotas la que más ame al Señor, la más querida de Jesús como Vos. ¡Oh, quién me diera ser toda de Jesús como Vos! Descubridme un secreto para ser toda de Jesús y para que nadie me gane en conocerle y amarle, y en extender el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo.*

S. Jesús te ama mucho, hija mía, en vista de tus buenos deseos porque es amigo de ánimas animosas. ¿No es verdad que tú le amas con pasión?

H. Sí, Madre mía, porque además de ser el más hermoso, de todos los hijos de los hombres, es mi Dios, mi Redentor, mi Jesús.

S. Pero tú no conoces bien a este Jesús, motivo por el cual tu amor no es perfecto. Aunque le amas sobre todas las cosas, no amas todas las cosas por Jesús. Por esto no eres toda de Jesús.

H. Pero quiero serlo, Madre mía. No me negaréis el deseo, aunque las obras no lleguen a tanto. ¡Oh! Yo también quiero ser otra Teresa de Jesús, a lo menos verdadera hija de Jesús de Teresa, porque de justicia debo serlo, le pertenezco. Todo cuanto soy y valgo lo he recibido de Jesús. Ayudadme Vos, que sois con toda verdad Teresa de Jesús y Jesús es de Teresa, ayudadme en esta empresa.

S. Sí, hija mía, cuanta con toda mi protección, pues mi ansia toda es que tú y todas seáis de Jesús, como Jesús es todo vuestro. Las meditaciones de las semanas que siguen se dirigen a este fin. Si oyes mi doctrina inspirada por Jesús y la practicas, yo te prometo que en menos de un año podrás decir con toda verdad: Yo soy toda de Jesús.

H. ¡Oh, Madre mía qué dicha la mía si esto logro! Gozaré ya anticipadamente de la felicidad de los bienaventurados, que consiste en ver a Jesús, amar a Jesús. ¿Cuándo, Madre mía de mi alma, no habrá en mi memoria recuerdo que no sea de Jesús, y en mi entendimiento pensamiento que no sea de Jesús, y en mi corazón afecto, ni latido, ni suspiro, ni fibra que no clame: Viva Jesús, soy de Jesús? Un año decís que se tardará si cumplo vuestras enseñanzas con fidelidad!... ¿No es plazo demasiado largo?... ¿Y si muero en este tiempo sin ser toda de Jesús?... ¿No me descubriréis un atajo en este camino, Madre querida, Vos que sois Maestra práctica?

S. Tus deseos, hija mía, me conmueven y plenamente me satisfacen. El buen Jesús los aceptará y yo voy a suplicarle te descubra el camino más breve, más eficaz, más seguro para hacerte toda de Jesús.

H. ¿Cuál es Madre mía? decidlo luego

S. El camino más breve y seguro, hija mía es que no te imagines vacía en tu interior. Esto es lo que pierde a la incauta e irreflexiva juventud. No puede vivir sin amar y ocupar su actividad. Ignora el tesoro que encierra su alma, y se desparrama afuera buscando amores, atenciones, caricias. ¡Oh, si supiese, hija mía, quién está en tu corazón! Pues como buscas soledad exterior para tener tu cuarto de hora de oración, procura, pues, no estar sola, buscar compañía.

H. ¿Qué compañía? ¿No me estorbará la oración?

S. No, hija mía, antes te ayudará a ella. Esta compañía deber ser la del buen Jesús, representándole dentro de tu corazón, y acostumbRANDOTE a enamorarte mucho de su sagrada humanidad, y traerle siempre contigo y hablar con El, pedirle por tus necesidades y quejarte de tus trabajos y alegrarte con El en tus contentos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme a tus deseos y necesidades.

H. ¿Y no llevará a mal esta franqueza?

S. No, hija mía. La santa simplicidad y llaneza es lo que ama el Señor.

Acuérdate que sus secretos solo los descubre a los pequeñuelos, y que si no te haces como los niños por su humildad y sencillez, no entrarás en el reino de los cielos. Este modo de traer a Cristo presente en nuestro interior, es excelente manera de aprovechar y muy en breve: aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo para ir aprovechando en el primero y llegar en breve al segundo grado de oración, y para los postreros andar seguro en los peligros que el demonio puede poner.

H. Pero, Madre mía, si mi entendimiento anda casi derramado siempre, ¿cómo sujetarlo al recogimiento de la oración?

S. Pues por eso te conviene que te representes a Jesús en tu interior, porque es una de las cosas a que ata mucho al entendimiento y vuelve cuerda a la loca de la casa, la desafortunada imaginación, y hace recoger el alma. San Agustín dice que después de haber buscado a Dios en muchas parte, le vino a hallar dentro de sí mismo. Importa mucho para un alma derramada entender esta verdad, que está Dios dentro de nosotros, y que para hablar con El y par reglarse con El, no hay necesidad e ir al cielo ni hablar a voces. NO te extrañes de tan buen Huésped, roque tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, y es templo de toda la Santísima Trinidad el alma que está en gracia; sino con grande humildad háblale como a Padre, pídele y cuéntale tus trabajos como a Padre, entendiendo que no eres digna de ser su hija.

H. ¿Y no será falta de humildad pensar que un Rey tan santo y noble viene a habitar en la sucia y pobre morada de mi alma y tomar allí recreación?

S. Déjate de esos encogimientos, que algunas personas piensan que es humildad. ¡Donosa humildad que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced y por holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiera yo responder, ni estarme con El, ni tomar lo que me da, sino que lo deje solo! ¡Y que estándome diciendo y rogando que le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir de que ve que no acabo de determinarme!

No te cures, pues, hija mía, de estas humildades, sino trata con el buen Jesús, como con Padre, y como con Hermano, y como con Señor, y como con Esposos, a veces de una manera, a veces de otras, que El te enseñará lo que has de hacer para contentarle. Déjate de ser boba; pídele la palabra. Mira que te va mucho, hija mía, tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de tu corazón, y que allí te estés con El. Llámase esta oración recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias y se está dentro de sí con su Dios. Aquí metida puedes pensar en la Pasión y representar al Hijo y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y el Huerto, y a la Columna.

H. ¿Y con esto adelantaré mucho en el amor de Jesús?

S. Sí, hija mía. Los que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, en donde está el que hizo a él y a la tierra, y se acostumbraren a no mirar ni estar en donde se distraigan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino y que no dejarán de llegar a beber el agua viva de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nave, que con un poco de buen tiempo se pone ene l fin de la jornada en pocos días y los que van por tierra tárdanse más. Voy a proponerte unas comparaciones para facilitarte este santo ejercicio y acostumbrarte a este modo de oración de recogimiento.

H. Hablad Madre mía, pues me gusta todo lo que sale de vuestros labios.

S. Hagamos cuenta que dentro de nosotros está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas (en fin, como para el Señor), y que tú eres parte para que este edificio sea tan hermoso y bello. Y es así, hija mía que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de gracia; y mientras éstas son mayores, más resplandecen las piedras, y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser tu huésped ordinario, y que está en un trono de grandísimo precio, que es tu corazón. Esta comparación, para gente ruda y sin letras, puede ser de provecho, para que entiendas con verdad, que hay alguna cosa más preciosa sin ninguna comparación dentro de nosotros de lo que parece por de fuera. Porque tengo por imposible que si trajeses cuidado de acordarte que tienes tal Huésped dentro de ti, que hicieses tanto caso de las cosas del mundo; porque verías cuan bajas son para las que dentro de nosotros poseemos, porque el reino de Dios dentro de nosotros está.

H. Y cuando, Madre mía, no puedo pensar ni discurrir con el entendimiento, ¿qué hacer?

S. Lo que has de hacer es pedir como pobre y necesitada delante de un grande y poderoso Emperador, y luego bajar los ojos y esperar con humildad; cuando por sus secretos caminos entendiéramos que nos oye, entonces es bien callar, pues nos ha dejado estar cerca de El. Este Señor es tan bueno, que si le acostumbrásemos a traer con nosotros y El ve que lo hacemos con amor y que andamos por contentarle, no le podremos (como dicen) echar de nosotros. Aunque no puedas, hija mía, sacar consideraciones o delicados conceptos, conténtate con mirarle: llegate con humildad y pídele su compañía, que no te dejará sin ella,. Pues puedes mirar cosas muy feas, ¿quién te quita volver los ojos del ama a este Señor? Como le quisieres, le hallarás. Si estás

alegre, mírale resucitado, que sólo imaginar como salió del sepulcro, te alegrará. Si estás con trabajos, mírale camino del Huerto: qué aflicción tan grande lleva en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, dice y se queja de él; y mírale atado a la columna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que te ama: perseguido de unos, escupido de otros, negado des sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por El: helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar; o míralo cargando con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Mirarte ha El con unos ojos tan hermosos y piadosos llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los tuyos, sólo porque te vas tú con Ela consolar y vuelvas la cabeza a mirarle.

H. Ahora comprendo, Madre mía, cómo estas cosas de oración son todas de paz y suavidad.

S. Si, hija mía. Debes tener muy fijo en tu memoria que todas estas cosas interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa que sea penosa, antes daña que aprovecha. No se negocia bien con Dios a fuerza de brazos, ni es amigo de que nos quebrems la cabeza hablando mucho. Procura, hija mía, entender de Dios y de sus cosas en verdad, que no mira tantas menudencias como tú piensas, y no dejes que se encoja el ánima y ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta y la voluntad determinada de no ofender a Dios, y no dejes arrinconar tu alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones y no aprovechará a sí y a los otros como pudiera.

H. Mas, ¿podré Madre mía, intentar procurar este recogimiento?

S. Sí hija mía, está en tu mano, presupuesta la gracia de Dios, porque no es cosas sobrenatural del todo. Tú no te canses de irte acostumbrando a enseñorearte de tus sentidos y retirándoles siempre a tu interior. Aquel recuerdo de que tengo compañía dentro de mí, aun en las mismas ocupaciones exteriores, es gran provecho. Si hablares, procurarás acordarte que hay con quien hables dentro de ti misma. Si oyeres, acuérdate que has de oír a quien más cerca te habla. En fin, trae cuenta que puedes, si quieres, nunca te apartar de tan noble compañía, y pesarte cuando mucho tiempo has dejado solo a tu Padre, que estás necesitada de El.

H. ¿Y cuántas veces lo he de hacer al día?

S. Si pudieres muchas veces en el día, si no, sea pocas; como lo acostumbrares, saldrás con ganancia, o presto o más tarde. Después que te lo dé el Señor, no lo trocarás por ningún tesoro, pues nada se aprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hija mía, que des por bien empleado el cuidado que en esto gastares: y yo sé que si lo tienes un año, y quizás en medio, saldrás con ello con el favor de Dios. Además, hija mía, con esto harás buen fundamento para si quisiera el Señor levantarte a grandes cosas, porque hallará en tu alma aparejo, hallándola cerca de sí; porque como está tan cerca del fuego, con una centellica que le toque se abrasará toda el ama, que como no hay embarazo de lo exterior, estase sola con su Dios, y hay gran aparejo para encenderse el fuego del amor divino.

H. De todas veras quiero adquirir esta oración, ya que tantos provechos resulta, aunque sea trabajosa.

S. Al principio, hija mía, te costará un poco de trabajo recoger tus sentidos exteriores, acostumbrados a andar derramados a su antojo por las cosas exteriores, porque el cuerpo torna por su derecho; mas si lo usas algunos días y te haces fuerza, verás clara la ganancia. Muchas veces viendo el Rey de este castillo, que es el centro del ama, que la gente de este castillo, que son las potencias, andan fuera del castillo con gente extraña, enemiga del bien de este castillo, visto este Rey la buena voluntad y deseo de esta alma, por su gran misericordia quiérelos tornar a El, y como buen Pastor, con un silbo tan suave que casi ellos mismo no lo entienden, hace que conozcan su voz y recógelos en su morada y tiene tanta fuerza en su silbo, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo, lo que es grande ayuda para buscar a Dios dentro de nosotros. Otras veces el ama álzase al mejor tiempo, como quien entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira estos sentidos de las cosas exteriores, que sin entenderse se le cierran los ojos por no verlas, porque más se despierte la vista del alma.

H. ¿Y es cosa buena cerrar los ojos cuando se reza, Madre mía?

S. Es admirable costumbre, hija mía, para rezar con recogimiento, que se echa de ver que el ama se fortalece y esfuerza a costa del cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido, y que allá toma bastimento contra él.

H. Si es así, resuelvo al hacer mi cuarto de hora de oración tener cerrados los ojos del cuerpo, para que no estorben a los del alma contemplar a su placer al buen Jesús, que está en mi corazón.

S. Pronto verás en tu alma mejoría y rezarás mejor. El punto está, hija mía, que con toda determinación le demos ese palacio (nuestra alma) por suyo, y lo desembaracemos para que obre en él. De mí te confieso, hija, que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este modo de recogimiento dentro de mí, y he hallado muchos provechos en esta costumbre. El Señor te lo enseñará a ti que no lo sabes.

H. ¡Oh! ¡cuánto se alegrará mi alma de poder hablar al Señor y orar como debo este poco tiempo que le doy! A lo menos, Madre querida, ya que yo por mis ocupaciones no puedo pasar dos horas de oración como vuestras hijas predilectas, a lo menos, digo, alcanzadme que dé al Señor desocupada mi alma, toda entera, por este cuarto de hora.

S. Ya lo alcanzarás, hija mía, si practicas mis documentos. Ten confianza, y verás grandes cosas.

H. ¿Qué cosas, Madre mía?

S. Cuando el alma ha estado dentro de sí a solas en este paraíso con su Dios, cerradas las puertas tras sí a todo lo del mundo, verás en poniéndote en oración que se viene las abejas a la colmena, y se entran en ella para labrar la miel. Quiero decir, los sentidos se recogen, y esto sin cuidado nuestro, porque ya parece que está la voluntad con tanto señorío sobre ellos, que en haciendo una seña no más de que se quiere recoger, la obedecen los sentidos y se recogen a ella. Y aunque tornen a salir, al fin salen como rendidos y cautivos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer. Y en tornando a llamar la voluntad, vienen con presteza, hasta que a muchas entradas de éstas, quiere el Señor se quede en contemplación perfecta, que aya es otro grado de recogimiento más sobrenatural.

Cumple, pues, hija mía, con fidelidad mis enseñanzas, y yo te prometo que sabrás orar con satisfacción, y con las meditaciones de las siguientes emanarás lograrás andar recogida, vivirás unida a Jesús, le conocerás y amarás cada día con más perfección, hasta que puedas exclamar conmigo y con el enamorado apóstol de Jesucristo San Pablo: "Vivo yo, mas no yo, porque vive en mí Cristo Jesús".

H. Así sea Madre mía Santa Teresa de Jesús, y en prueba de mi sincero propósito de aprovecharme de vuestras instrucciones, quiero vivir morir dentro del Corazón de Jesús, y que sobre mi sepulcro se grabe esta divina expresión: Yo descanso en Jesús, porque mi corazón y en mi alma, en mi cuerpo y en mis sentidos llevé siempre impreso: ¡Viva Jesús, soy toda de Jesús!